BASABE

Victorio Macho, artista castellano, ha realizado su sueño de afincarse en Toledo, a la vera del Tajo. Allí ha montado su estudio sobre la roca que se eleva a sesenta metros sobre el río. Este río que lame constantemente las impresionantes tallas que él mismo labró durante siglos en las dantescas vertientes de piedra.

LOS GRANDES ARTISTAS EN LA INTIMIDAD

VICTORIO MACHO EN TOLEDO

Por FRANCISCO POMPEY

BASABE

El pintor que escribe ha dejado los pinceles para contar en esta ocasión los rasgos más esenciales de la vida de Victorio Macho, un escultor en su *Torre de Marfil*, a orillas del Tajo toledano. Familiar en la cultura de España y en toda Hispanoamérica, no hay lugar a una presentación: eludo toda exégesis en este caso. Es el escultor en su retorno a España y su vida íntima y humana lo que ahora nos interesa. El escultor ya en la plenitud de sus facultades y victorioso de muy importantes lides artísticas realizadas con la impresionante tenacidad de nuestros conquistadores en América; el escultor *sui generis*; un hombre que honra la escultura contemporánea y que, sin formar parte de las tendencias *novísimas*, es de antes y de ahora, porque es de todos los tiempos en sus grandes épocas. Como artista escultor, a Victorio Macho no se le conoce en su vida particular sino muy superficialmente. Lo que dió motivos para tratar de su *carácter* un retrato cuyo dibujo tiende a deformar la verdadera psicología de nuestro artista.

Hijo de una gran familia de artistas tempera-

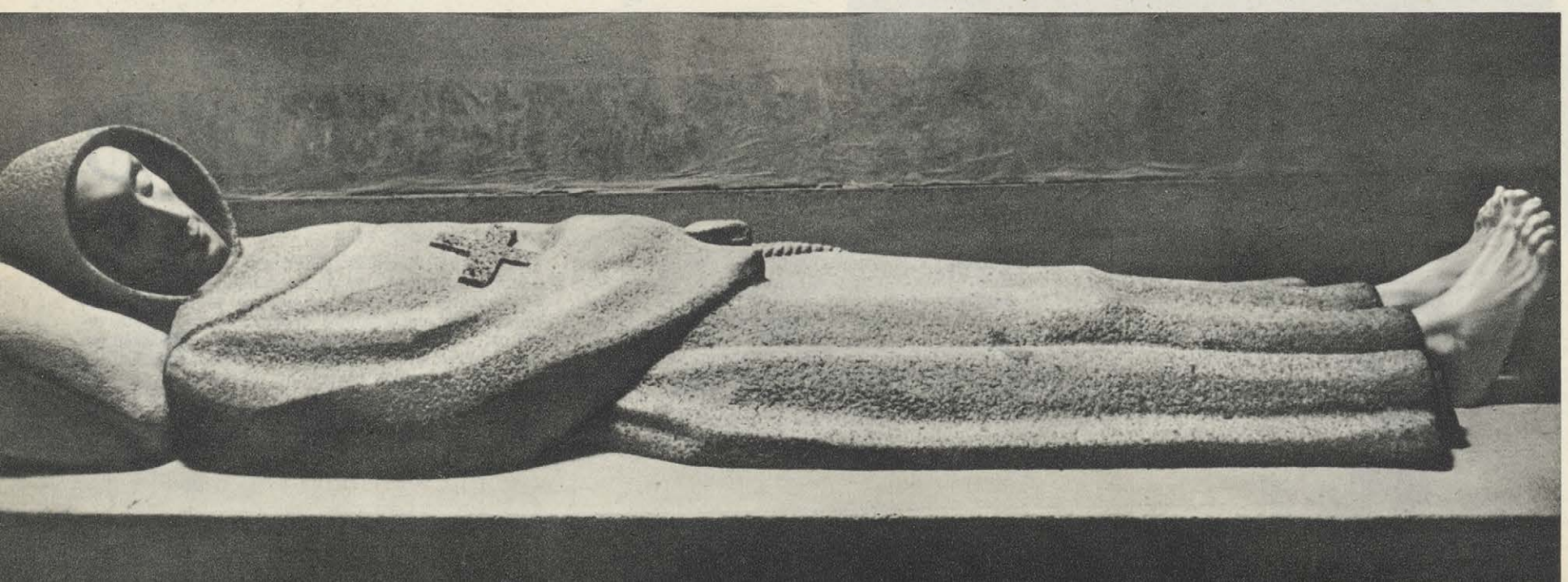
BASABE

El artista, en su estudio, rodeado de sus obras, donde hay retratos admirables de concepción elevada y fragmentos de monumentos de extraordinaria pujanza.

mentales que se formaron solos—en autodidactas—, luchando desde muy niños con las eternas dificultades y «pequeños cuidados de todos los días», él entra de lleno—injustamente—en ese campo psicológico que el vulgo sitúa entre los «raros» y de «mal genio». *Genus irritabile vatum!*, exclama el vulgo juzgando distraídamente a los artistas y a los poetas como seres «raros» y de «mal carácter». Esta tajante manera de juzgar lo que sólo se conoce por vagas apariencias no es justa; pero confesemos que tampoco anda muy descaminada: acaso acierte más que yerre. Esta cuestión, que sigue en el tapete, ya muy vieja al tratar de los artistas y del vulgo, deseo ponerla en claro ahora con mi experiencia y con el argumento de un genial *irritable*. Dice el gran poeta Edgar Poe—*Genus irritabile vatum!*—: «Que los poetas (nos servimos de un vocablo en su más amplia acepción y comprendiendo en ella a todos los artistas) sean una raza irritable, de acuerdo. Mas el porqué, me parece que no ha sido generalmente comprendido. Un artista no es un artista sino gracias a su sentido exquisito de lo bello, sentido que le procura goces embriagadores, pero que al mismo tiempo implica un sentido igualmente exquisito de toda deformidad y de toda desproporción.» Más adelante dice: «Por eso la famosa irritabilidad poética no tiene relación con el temperamento, comprendido en el sentido vulgar, sino por una clarividencia muy corriente sobre lo falso y lo injusto.» Y termina así: «Mas hay una cosa muy clara, y es que el hombre que no es (para el juicio de lo vulgar) *irritabilis*, no es nada poeta.»

En esa raza *irritable*, según la expresión del genial Poe, y que Baudelaire supo defender con mano maestra, hay que situar por derecho propio a Victorio Macho. Hace muchos años ya representaba entre nosotros, los de la generación que yo he dado en llamar del 910, un poco la manera de ese tipo de soñador rechazado, incomprendido y refractario, como aquellos del siglo XIX (Cézanne, Millet, Fattori, Francesco Guardi) que contribuían a dar a la pintura una vibración de plegaria en la soledad. Victorio Macho es *irritable*, no contra el trato humano, sino por aversión a la injusta incomprensión del vulgo y de una crítica con *ojos distraídos*. Pues bien, este «raro» y «hombre de mal genio», según el sentir de los *ojos distraídos*; este Victorio Macho, de modales nerviosos y de mirada grave y, al parecer, de «pocos amigos», es como todos los temperamentales que han vivido intensamente, reconcentrándose en una labor continua y aspirando a lograr con la escultura una creación de ritmos, la expresión monumental de sentimientos eternos. Lo más curioso en este caso es que ni es «raro» ni es «hombre de pocos amigos». Victorio Macho es un niño grande que, sin proponérselo, da la impresión—en ciertos casos—de ser *raro* y difícil a la amistad y al trato social. El es el artista que, en apariencia, desconfía y se reserva ante la mirada *escudriñadora*. Mas en el fondo su postura no es sino de defensa. Siente temor y celos de no ser amado en sus estremecimientos de escultor y la patética cristiana la vive en lo más tierno de su corazón. Español y castellano—ciento por ciento—, lleva el realismo en la sangre y el catolicismo en las costumbres como un Gregorio Hernández o un Alonso Berruguete. Como Berruguete, él es un emotivo; emotividad de artista, de una sensibilidad física, fina y de matices. No obstante su carácter, nos da la impresión de lo contrario. Como en otros grandes artistas, la emotividad le ha dado la exaltación y el buen *(Pasa a la pág. 72.)*

Estatua yacente del Hermano Marcelo, conservada en la cripta de la «Roca Tarpeya». Es una de las obras más delicadas y expresivas del escultor castellano.



SERSAREGO

Victorio Macho pasea con su esposa por el jardín, donde se yergue, retadora y pujante, la «Eva» en bronce que él creó como símbolo de una poderosa raza.

Victorio Macho modela un estudio a la cuarta parte del tamaño que tendrá la estatua ecuestre de Bolívar, con destino a su gran monumento de Caracas.

Una obra transida de la más pura emoción artística, y también de plena serenidad, es esta escultura de la madre del artista, que parece alentar en la piedra.

BASABE

MORENO